

ROGELIO PRETTO

Miradas desaprobantes

Cuando vayas a criticar a alguien, recuerda que esa persona tal vez no ha tenido las oportunidades que tú has tenido. Algo así dice la cita que viene de la novela **El Gran Gatsby**, de F. Scott Fitzgerald. La recuerdo de mis años en la secundaria. Me obliga a reconsiderar la naturaleza de mis propósitos cuando siento la tendencia que manifestamos todos en ocasiones de pasarle juicio a otra persona por lo que aparenta. Un simple pero notable encuentro que tuve recientemente recalca lo cierto del axioma de **El Gran Gatsby**.

Desde el 91 viajo regularmente entre Nueva York y Miami al menos dos veces al mes. Por la frecuencia de los viajes, la aerolínea me acredita millas de incentivo de vuelo que en lugar de canjear por pasajes opto por usarlas para viajar en primera clase, lo que hace más tolerable el peso de viajar tanto. En ocasiones me ha tocado sentarme al lado de alguna celebridad o alguien importante, pero la mayoría de las veces es alguien que, como yo, viaja a menudo y que también ha cambiado sus millas por los lujos moderados del *Business Class*. Viajar es tan rutinario para mí que me siento como en casa en el avión, y procuro reservar un asiento en la primera fila para poder trepar las piernas y descansarlas sobre la pared de enfrente. Salvo que me toque alguien interesante, converso muy poco con quien se sienta a mi lado. Después de tantos años viajando, prefiero dedicar el tiempo de vuelo a la lectura o en saldar sueño atrasado.

En un brinco reciente entre Nueva York y Miami me tocó el asiento preferido: ventana en primera fila y la conveniente pared enfrente. Para lectura de viaje tenía el libro **Manual del perfecto idiota latinoamericano**. Al sentarme me di cuenta de que el asiento de al lado lo ocupaba un joven como de treinta y tantos años. Hice una rápida radiografía de su rostro,

porte, vestimenta, gestos, y otros aspectos de su físico para captar la impresión que registra el paquete entero a primera vista. Es un hábito de actor.

Una revisión así de quien se sienta a mi lado me es útil. Si el examen rinde algo interesante, me abro a la posibilidad de tal vez intercambiar unas palabras durante el vuelo con el vecino, en caso de que me canse de la lectura y me sienta dispuesto a lo locuaz. De lo contrario, me limito a cordialidades mínimas y me concentro en lo mío.

En este caso el joven lucía no muy suelto de personalidad. Tenía una estampa tiesa a pesar de los *jeans* que llevaba puestos. Estos lucían limpiécitos y prácticamente ajenos de arrugas, como lo estaba también su camisa de manga corta bastante conservadora. En los pies, zapatos pulidos con medias del mismo color. Su peinado ordenadamente fijo y con paritura complementaba su postura firme, con ambos pies sobre el piso y espalda erectamente firme. Era evidente que su mundo social y el mío eran marcadamente diferentes y, aunque las grandes diferencias entre las realidades de dos personas a veces den pie a charlas interesantes y animadas, presentía que ésta no iba a ser una de esas ocasiones. Mi juicio trajo a la mente la cita de Gatsby y pensé que lo conservador del mundo en que seguramente se desenvuelve este joven no me era extraño. Años atrás o antes de que las arrolladoras influencias de los sesenta y un experimento moderado con la contracultura del hipismo alteraran radicalmente mi esquema de valores socio-culturales y ayudaran a despojarme de muchos de sus artificios, yo era bastante *straight* también. Como el de este joven, mi vestir así lo reflejaba. Todo en orden: zapatos pulidos, reloj de fina marca, guayabera de la mejor o el vestido hecho a la medida con cortes de telas importadas de primera

categoría. Nada fuera de lugar.

Mi pasado me hizo sentir cierta hermandad con el joven y dejé de criticarlo. Mi ayer me permitió comprender los valores existenciales que guían a personas como él y los esfuerzos que deben hacer para conducirse de acuerdo con los dogmas de las tradiciones socioculturales a las que está obviamente estrictamente suscrito. Tal vez entable una conversación con él, después de todo —me dije—, y proseguí a acomodarme en mi asiento. Me quité los zapatos, recliné el asiento y, automáticamente, acomodé las piernas sobre la pared frente a mí. ¡Que delicia!

En el instante en que levanté las piernas el joven me disparó una mirada ácida y un poco despectiva, claramente en desaprobación de lo que tal vez para él era una falta de comportamiento decente de mi parte. Sentí ganas de hablarle y demostrar lo errado de su juicio, pero me mantuve en silencio.

Cuando el servicio de vuelo nos vino a preguntar si queríamos alguna bebida, él escogió agua; yo, un vodka con jugo de naranja (rara vez tomo, pero en vuelos, ya que son gratis, no dejo pasar de largo los tragos). Durante la cena él se quedó con el agua y yo pedí vino y que me rellenaran la copa un par de veces. Después de la cena, volví a trepar las piernas, leí y dormí. El joven mantuvo su posición perfectamente erecta durante el vuelo entero, sin dirigirme otra mirada. Ni siquiera se movió cuando cerró los ojos un rato.

Si, como lo propone Gatsby, este joven hubiese tenido la oportunidad de saber de dónde provengo yo, no hubiera tenido que molestarse por mi manera de ser. Tal vez una conversación entre nosotros hubiera balanceado su juicio, pero durante las tres horas de vuelo, ni él ni yo nos dirigimos ni una sola palabra. Si sólo hubiese hecho yo el intento, se hubiera llevado otra impresión de mí...y yo de él. ■

(EL autor es artista)